

EXCELENCIA
DE
LA RELIGION CATÓLICA.

PARTE PRIMERA.

DE LA REGLA DE FE, Ó SEA MÉTODO DE CONOCER
Y DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

CARTA PRIMERA PROEMIAL.

M. JAMES BROWN AL REVERENDO JUAN MINLER ¹.

New-Cottage cerca de Cressage, Shrophire,
13 de octubre 1801.

Necesitaria á la verdad de toda vuestra indulgencia, por la libertad que me tomo de dirigirme á vos, sin tener el honor de conoceros, ni seros conocido, y particularmente en el asunto que motiva esta carta, si no considerase vuestro carácter público como pastor de vuestra Religion, y estuviere por otra parte bien persuadido de la bondad que os distingue, segun que me ha informado y hablado frecuentemente nuestro comun amigo M. J. C., miembro de vuestra Iglesia. En esta suposicion solo me resta deciros que os escribo en nombre de una junta de

¹ Este dictado se da en Inglaterra á todos los Eclesiásticos, aunque sean de diversas comuniones; no se extrañe pues si alguna vez se encuentra usado respecto de los Protestantes, como ni de algunas expresiones de esta carta, la cual se supone ser un Protestante el que la escribe.

cristianos ¹ de diferentes creencias, personas sinceras y respetables, los cuales todos desean, igualmente que yo, os tomeis el trabajo de aclarar algunas dudas que vuestra última obra, en respuesta á la del Dr. Sturges, les ha sugerido ².

Al haceros esta súplica en nombre de nuestra sociedad, me parece conveniente daros á conocer los que la componen, para convenceros de que no es indigna de vuestra atencion. Consta de unas veinte personas poco mas ó menos, de ambos sexos, las cuales, por estar á distancia de la ciudad, se reúnen por lo comun una vez todas las semanas en mi casa de New-Cottage, no tanto para divertirse y comer en buena compañía, como para instruirse con la lectura de las mejores obras del día, que mi corresponsal en Londres me facilita, y añadiendo algunas veces algun ensayo escrito de propósito por alguno de sus individuos.

Los pormenores siguientes os harán ver mas claramente lo que ya he insinuado, á saber : que los miembros de nuestra sociedad pertenecen á diferentes sectas religiosas. Entre ellos debo nombrar el primero á nuestro sabio y respetable Rector el Doctor Carey. Él es por nacimiento Anglicano ; pero á ejemplo de sus mas sabios y eminentes compañeros, piensa demasiado libremente, ó como se dice hoy, *liberalmente*, para procurar descargar su fe de los misterios y otros muchos artículos de fe, que allá en mi juventud yo miraba como esenciales. M. y Madama Thopan son de la clase de metodistas, que se llaman *Predestinacionistas* y *Antinomianos*, al paso que M. y Madama Asken pertenecen á la de los metodistas *Arminianos mitigados*, que miran á Wesley como su gefe. M. y Madama Ranklin son *Quákeros*; Barker y sus hijos se dicen *Disidentes racionales*, siendo de aquellos antiguos *Presbiterianos*, cuya secta está hoy casi enteramente refundida en la de los Socinianos ³. Por lo que

¹ Los verdaderos y únicos cristianos son los católicos, los demás deberán distinguirse por el nombre de las cabezas de su secta.

² *Letters to a Prebendary, in answer to Reflections on Pappery, by the rev. Dr. Sturges, Prebendary, and Chancellor of Winchester.*

³ Basta sólo esta simple enumeracion de sectas para convencerse

hace á mí me glorío de estar firmemente adicto á nuestro establecimiento ¹, que me parece tener aquel medio tan digno de desearse entre las diferentes sectas, y que á mi parecer se acerca mas á la pureza de la Iglesia Apostólica que ninguna de las otras que se le han seguido. Madama Brown hace profesion de igual adhesion á la Iglesia Anglicana ; pero su espíritu ardiente y curioso le hace frecuentar las asambleas, y aun aprobar las misiones de esos llamados Apóstoles, que van minando esta Iglesia por todos lados, y que en parte alguna son mas activos que en este valle retirado.

Diferenciándonos sobre el punto mas interesante, conocéis que no puede menos de haber entre nosotros frecuentemente disputas y discusiones religiosas ; pero la cortesania y la razon hacen que sean siempre sin faltar á las mutuas atenciones que nos debemos : y aun me atrevo á aseguraros que todos, desde el primero hasta el último, estamos llenos de un respeto sincero y verdadera cordialidad para con todos los que llevan el nombre de cristianos, excepto una sola Comunión, que, si no lo habeis por enojo, es la Iglesia á que pertenecéis. Porque á la verdad, permitidme que me explique claramente para desempeñar exactamente mi comision, esa Iglesia, si hemos de dar crédito á los teólogos distinguidos, cuyas obras estamos acostumbrados á leer, especialmente al ilustre Porteus ²-en su célebre y clásica obra intitulada : *Breve refutacion de los errores de la Iglesia Romana, extractada de los cinco Sermones del Arzobispo Secker contra los Papistas*, ofrece tal monton de absurdos, de hipocresía, supersticion, idolatría é inmoralidad, que creeríamos ofender igualmente á la razon, á las Santas Escrituras y á la virtud, si dijésemos que teníamos para con los que la siguen tenazmente los mismos sentimientos de aficion y de respeto que tenemos para con todos los demás cristianos.

de que entre ellas no está la verdad. *Verum esse non potest quod variat.*

¹ Es la Iglesia Anglicana establecida civilmente por decreto de los Parlamentós.

² Obispo Anglicano.

Sin embargo, nos hemos formado de esta misma Iglesia, sobre algunos puntos, una idea menos injuriosa que la que antes teníamos: lo que debemos á la lectura que acabamos de hacer de vuestra obra contra el Doctor Sturges, titulada: *Letters to a Prebendary*, la que nos llamó la atención por la mención que se hizo de ella en las dos Cámaras del Parlamento, y sobre todo por el elogio inesperado que ha hecho también el Obispo Horsley, ornamento de nuestra Iglesia. Confesamos pues, á lo menos yo lo confieso por mi parte, que habeis refutado completamente la nota mas injuriosa que se hacia á vuestra Religión, es decir, de ser por principios y necesariamente intolerante y sanguinaria, y que exige de sus miembros que persigan á sangre y fuego, cuando tienen la autoridad á su favor, á todos los que profesen una fe diferente de la suya. Habeis probado que los papistas pueden servir fielmente á un Soberano protestante; y habeis demostrado por una inducción histórica muy interesante, que los Católicos romanos de este reino se han distinguido por su fidelidad desde el reinado de Isabel hasta nosotros. No obstante, no sé que hayáis tratado de defender la mayor parte de los dogmas y prácticas de vuestra Iglesia, tan absurdos á nuestro entender, como opuestos á las santas Escrituras, relativos al culto de los Santos y de las imágenes, á la Transustanciación, á la Comunión bajo una sola especie, al Purgatorio, á la prohibición de leer la Biblia y otros puntos semejantes. En una palabra, el objeto de esta Carta es preguntaros en nombre de nuestra respetable sociedad, si pensais abandonar enteramente como insostenibles esos dogmas y prácticas de los Papistas, ó en caso contrario, suplicaros que tengais la bondad de entrar en contestación conmigo sobre este asunto, para mi satisfacción personal y la de mis amigos, únicamente con el objeto de averiguar y comunicarnos mutuamente las verdades en materia de Religión. Hemos notado aquellas palabras de vuestra primera Carta al Doctor Sturges: « Si algun día tengo » ocasión de responder á otra, procuraré en cuanto esté » de mi parte presentar la cuestión que discutimos bajo » una forma que, evitando el peligro de irritación mutua, » pueda sin embargo prometerme, si estamos igualmente

» dispuestos para ello, el que convendremos en reconocer unas mismas verdades religiosas. » — Si lo creis aun posible, en nombre de Dios, y por el amor del prójimo, os rogamos que no dilateis por mas tiempo el poner mano á esta correspondencia. Este plan tiene todas las ventajas que deseamos, y excluye todos los inconvenientes que pudiéramos temer. Vos tratareis el asunto á vuestro gusto, y nosotros os interrumpiremos las menos veces que nos sea posible.

Con este motivo me tomo la libertad de incluíros dos de los Ensayos de que hice mención en un principio, escritos últimamente para nosotros por nuestro respetable Rector, por los cuales creo os convencereis de que en los contornos de Wrekin y sobre las riberas del Severna se cultivan el talento y la literatura sagrada.

Soy con todo respeto, Reverendo Señor, vuestro muy humilde y obediente servidor.

JAMES BROWN.

ENSAYO PRIMERO,

Sobre la Existencia de Dios y la Religión.

POR EL REV. SAMUEL CAREY, P. L. D.

Previendo que mi salud no me permitirá en mucho tiempo reunirme á mis respetables amigos en New-Cottage, envío por escrito, segun y como muchos de ellos han exigido de mí, mis ideas sobre los dos asuntos mas importantes que pueden ocupar el espíritu humano, á saber: *la Existencia de Dios y la verdad del Cristianismo*. Al hacerlo así, no pretendo decir cosas nuevas, sino únicamente exponer los diferentes argumentos que leí en mi juventud y aprendí en el *sabio* Hugo Grocio, en nuestro *juicioso* Clarke y otros defensores de la Religión natural¹ y revelada. Aunque supongo la discusión con personas

¹ No se cree que haya habido jamás una Religión puramente natural, pues siempre fué revelada; el autor entiende aquí por natural aquella, cuyas verdades pueden conocerse naturalmente.

que no admiten la autoridad de las Escrituras, usaré sin embargo algunas veces de sus palabras, cuando ellas expresen tan bien como pudieran otras hacerlo mis ideas, en lo que no creo haya cosa que condenar.

El primer argumento á favor de la existencia de Dios lo expresa así el profeta Rey: *Sabed que el Señor es Dios, él es el que nos hizo, y no nosotros á nosotros mismos* (Ps. xcix, 2). En efecto, cuando yo me pregunto, lo que todo hombre que piensa no puede menos alguna vez preguntarse á sí mismo: *¿Cómo es que yo vivo? ¿De dónde me ha venido á mí el existir, y ser cual soy? ¿Quién me ha dado este ser?* no puedo menos de responderme: *Yo no me he hecho á mí mismo*: y cada uno de mis mayores, si se hizo la misma pregunta, ha debido responderse lo mismo. Si pregunto á todos los seres que me rodean, á la tierra, aire, agua, estrellas, luna, sol, etc., cada uno de ellos, como dice un antiguo Padré, me responderá: *No soy yo quien te ha dado el ser: yo no soy tampoco mas que una criatura de un día, tan incapaz de darte la existencia, como de dármela á mí mismo*. En una palabra, por más que repitamos esta pregunta: *¿Cómo yo estoy aquí? ¿Quién me ha hecho lo que soy?* no hallaremos jamás respuesta razonable hasta que lleguemos á reconocer que existe un *Sér eterno necesario, que existe por sí mismo*, autor de todos los seres contingentes; sér que no es otro que Dios: porque esta *necesidad de ser, esta existencia por sí mismo* es la que constituye la naturaleza de Dios, y de la cual dimanar todas sus otras perfecciones. Hé aquí la razon porque, cuando en medio de las llamas de Horeb se dignó mostrarse al santo Legislador del Pueblo escogido, preguntado por este Profeta, cual era su *verdadero nombre*, respondió: *Yo soy el que soy* (Exod., iii, 14), que era como decirle: *Yo solo existo por mí mismo: todo lo demás no son mas que criaturas que existen por mi voluntad*.

De este atributo de *existencia por sí mismo* dimanar necesariamente todas las demás perfecciones de la Divinidad, la *eternidad*, la *inmensidad*, la *omnipotencia*, la *sabiduría*, la *santidad*, la *justicia*, la *misericordia*, la *bondad*, etc., cada una en un grado infinito; porque nada hay que pueda limitar su existencia y sus atributos, y

porque, sea la que se quiera la perfeccion que se pueda hallar en un sér criado, ella debe, como su existencia, derivarse de aquella fuente universal.

Sin embargo, es de temer que esta prueba de la existencia de Dios, por mas evidente y demostrativa que pueda ser en sí, no sea inútil para muchos hombres, porque los hay que no reflexionan, ó al menos que no consideran jamás quién *los ha hecho*, ó porqué *ellos son*. Pero hay otra prueba tomada de la magnificencia, hermosura y armonía de la creacion, que, hiriendo sensiblemente los sentidos, no podría ocultarse á la atencion de los seres racionales mas estúpidos, por salvajes que ellos puedan ser. El cielo tachonado de estrellas, las nubes enviando sus relámpagos, ese Océano sin límites, la tierra con sus formas y producciones tan diversas, la organizacion del cuerpo humano, todos estos fenómenos de la naturaleza, y otros muchos mas, deben excitar en el ánimo del salvaje mas grosero, igualmente que en el del filósofo mas observador, la conviccion de que existe un Sér, infinitamente bueno, sabio y poderoso, que sea autor de todas estas cosas; aunque el filósofo, sin duda en razon de que ve mas clara y mas extensamente que el salvaje las propiedades y la economía de las diferentes partes de la creacion, posea, como se dice, una mayor evidencia *física* de la existencia del Criador. En efecto, si el médico Galeno¹, con ser Gentil, por el conocimiento imperfecto que tenia de la estructura del cuerpo humano, se veia precisado á reconocer que no podia haber sido hecho sino por un Sér infinitamente sabio y lleno de bondad, ¿qué no hubiera dicho si hubiera conocido la circulacion de la sangre, el uso y armonía de las arterias, de las venas, y vasos lácteos? Si el corto conocimiento de astronomía que poseía el orador filósofo Ciceron² bastó para hacerle percibir la misma verdad, y apoyarla con tantas razones, ¿con qué lleno de elocuencia no hubiera insistido sobre este objeto, si hubiese tenido noticia de los descubrimientos de Galileo y de Newton sobre la grandeza y distancia de las estrellas, y movimientos de los planetas y de los cometas? Sí; toda

1 De usu partium. — 2 De natura Deorum.

la naturaleza publica que hay un *Sér sabio en su corazón y poderoso en su fuerza, que hace cosas grandes é inconcebibles, y aun maravillas sin número; que extiende el Norte sobre el vacío, y suspende la tierra sobre la nada.* — *Las columnas del cielo se asombran, y tiemblan á su voz.* — *Si; estos son, sí, una parte de sus caminos; ¡pero qué poco es lo que se sabe de él! ¡quién puede comprender el trueno de su poderio!*¹

Sin embargo, las pruebas de la existencia de Dios, á que se puede menos resistir, son las que afectan inmediatamente el corazón humano, y convencen al hombre con una evidencia igual á la que tiene de su propia existencia, que hay sobre él un Señor que todo lo ve, infinitamente bueno, testigo de todas sus acciones, de todas sus palabras, y aun de todos sus pensamientos; porque ¿de dónde viene ese exquisito placer que siente el hombre de bien en resistir á una tentación secreta, ó en hacer una obra de caridad y misericordia, aunque sea en el silencio de la noche, y sin testigo alguno de ella? ¿Porqué alza él los ojos al cielo con devoción, y está pronto á recibir la muerte con una esperanza alegre, sino porque su conciencia le habla de un remunerador magnífico de la virtud, que es espectador de todo cuanto hace? ¿Y porqué el pecador mas endurecido tiembla y siente desfallecer sus fuerzas, faltarle el aliento cuando comete los crímenes, aunque sean secretos, de robo, de venganza ó de impureza? ¿Porqué, sobre todo, cae en las agonías de la desesperación y del horror al aproximarse la muerte, sino porque está profundamente convencido de la presencia constante de un testigo que todo lo ve, y de un juez infinitamente santo, justo, poderoso, *en cuyas manos es cosa horrible el caer?* En vano dice: *Las tinieblas me rodean, y las paredes me ocultan: nadie nos ve; ¿qué puedo temer?* Porque su conciencia le dice: *Los ojos del Señor son mas brillantes que el sol, y ninguno de los caminos de los hombres están ocultos á sus ojos*².

Este último argumento, en particular, es tan claro y convincente, que no me puedo figurar haya habido jamás un hombre de talento y de prudencia que fuese ver-

¹ Job., ix, 26. — ² Eccles., xxiii, 26, 28.

daderamente ateo. Generalmente se ve, así en los tiempos antiguos como en los modernos, que todos los que han tratado de persuadirse que no había Dios, han sido hombres viciosos, los cuales, temiendo tenerle por juez, se esforzaban á desentenderse y disuadirse de su existencia. Esta observación ya la había hecho San Agustín, quien nos dice: « Solo aquel niega la existencia de Dios, que está interesado en que no le haya. » Y sin embargo, los mismos que en sana salud, á la luz del día, en medio de los compañeros de sus disoluciones, pretenden no creer la existencia de un Sér supremo, se apresuran á reconocerle en la enfermedad, en la soledad de la noche, y sobre todo al aproximarse la muerte, como, si no me engaño, observa Séneca, no sé en qué parte¹.

*El hijo obedece á su padre, y el criado á su señor, dice el Profeta Malaquías. Pues si yo soy padre, ¿dónde está el amor que me teneis? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde está el honor que me es debido, y os debia inspirar? dice el Dios de los ejércitos*². En una palabra, es imposible creer la existencia de un Sér supremo, nuestro Criador, Señor y Juez, sin reconocer al mismo tiempo la obligación en que estamos de adorarle exterior é interiormente, de temerle, amarle y obedecerle. Pues hé ahí lo que constituye la que se llama *Religion natural*³; Religion por cuya observancia los antiguos Patriarcas, igual-

¹ Es oportunísimo notar aquí que casi todos esos profesores de ateísmo que han señalado su impiedad en la revolución francesa, ó algunos años antes que estallase, al tiempo de morir confesaron que su irreligion era afectada, y que en el fondo de su corazón jamás habían dudado de la existencia de Dios, ni de las verdades del Cristianismo. Se pueden contar entre estos al Marqués de Argens, á Boulanger, La Mettrie, Collot d'Herbois, etc. V. tom. I de la *Bibliot.*, p. 279.

² Malach. i, 6.

³ Llábase *natural*, porque comunmente se dice que sus verdades se pueden naturalmente conocer; y según Lamennais, porque son conformes á la naturaleza del hombre; pero nunca ha habido solo Religion natural, pues á Adán ya se le revelaron misterios, etc. Dicese tambien á veces *natural*, para diferenciarla de la *Ley Escrita*.

te que Melquisedech, Job, y como creemos, otros muchos personajes virtuosos¹, de diferentes tiempos y países; se hicieron agradables á Dios en esta vida, y alcanzaron en la otra la eterna felicidad. Sin embargo, no podemos menos de confesar con un profundo sentimiento, que el número de estas personas es muy pequeño, si se compara con el de aquellas que, como dice San Pablo, *conociendo á Dios, no le honraron como tal, ni fueron reconocidas para con él; sino que se exaltaron en sus imaginaciones, y se endurecieron en su insensato corazón: que mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á la criatura en vez del Criador, que es bendito para siempre*².

SAMUEL CAREY.

ENSAYO II.

Sobre la Verdad de la Religión Cristiana.

POR EL REV. SAMUEL CAREY.

Aunque la luz natural, como creo haberlo probado en mi primer Ensayo, sea suficientísima para probar la existencia de Dios y la obligación en que estamos de adorarle y servirle, sin embargo, no es ella la única que respecto de este objeto se haya dado á los hombres en

¹ Los Patriarcas todos creyeron misterios, esperaron al Mesías; y Job confesó públicamente el misterio de la resurrección general, etc., etc.: no se puede, pues, decir que estos santos personajes se salvaron con la creencia de un Dios puramente autor de la naturaleza: puntualmente á varios de ellos se hicieron las promesas del Redentor. Melquisedech trató con Abraham y era Sacerdote de Dios vivo; y aun su sacrificio fué la figura del sacrificio Eucarístico, etc. Nótese pues que Minler se explica así en este *Ensayo* para proceder gradualmente de la verdad de un Dios Criador y Remunerador, á la verdad de un Dios Salvador, y la divinidad del Cristianismo; y sentadas estas bases por concesión de los mismos enemigos con quienes disputa, tener punto fijo para demostrar la divinidad exclusiva del Catolicismo ó Iglesia católica; y así las poné en boca de Carey.

² Rom. 1, 21 25.

las primeras edades del mundo, pues que muchas cosas que tienen relación á él, fueron reveladas por Dios á los Patriarcas, y comunicadas por estos á sus contemporáneos y descendientes. Sin embargo, en lo sucesivo este conocimiento se borró casi universalmente del espíritu de los hombres, y la luz de la razón fué de tal manera oscurecida por las pasiones á que se abandonaron sin reserva, que parecían haber caído por todas partes al nivel de los animales. Los pueblos más cultos, tales como los Griegos y Romanos, no se avergonzaban de entregarse á pasiones vergonzosas, y se gloriaban de las crueldades más horribles. Plutarco nos pinta á los famosos sabios de la Grecia, Sócrates, Platon, Xenofonte, Cebes, etc., como encenagados en las primeras¹; y todos saben que la diversión principal de los Romanos era ver como se asesinaban unos hombres á otros en el anfiteatro, y á la vez á cientos y á millares. Pero en sus doctrinas religiosas y en su culto es donde particularmente se manifiesta la depravación y la impiedad de los antiguos Gentiles, y podemos decir otro tanto de los tiempos modernos. ¡Qué número sin número de pretendidas divinidades, qué montón absurdo y asqueroso de dioses y diosas, marcados con todos los crímenes que deshonrarian al más vil de los mortales, la disolución, la envidia, el rencor, y la crueldad, no adoraban aquellas naciones cultas que acabamos de nombrar! Adoración que llevaban algunas veces hasta la imitación de sus crímenes. Platon permite el embriagarse en honor de los dioses: Aristóteles las representaciones indecentes... ¡Cuántos templos no se veían levantados por todas partes á Venus, é infinidad de prostitutas consagradas á su culto²! ¡Cuántos sacrificios humanos ofrecidos en honor de Moloch, de Saturno, de Thor, de Diana, de Odino, y otros pretendidos dioses, ó más bien demonios, en casi todas las naciones paganas, así entre los Griegos como entre los bárbaros, y entre otros en los antiguos

¹ *De Isid. et Osir.* El mismo Ciceron y Virgilio no se avergonzaron de estas infamias.

² Strabon dice que en el templo de Venus en Corinto había filias mil prostitutas. Los Atenienses atribuyeron la conservación de su ciudad en una ocasión á las oraciones de estas Sacerdotisas.

Bretones, habitantes de esta isla¹! Es verdad que un corto número de sabios de la antigüedad, dando oídos á la voz de la naturaleza y de la razón, percibieron el absurdo de la Religión común, y descubrieron la existencia y los atributos del verdadero Dios; ¡pero cuán vacilante y qué imperfecta no era su creencia aun sobre estos puntos! Aun cuando *conocieron á Dios, no le honraron como Dios, ni le rindieron acciones de gracias, antes se desvanecieron en sus pensamientos*².

En una palabra, se extraviaban de tal modo en todo lo que decía orden á la Religión, que Sócrates, el mas sabio entre ellos, declaraba: « Que era imposible á los hombres el conocerla, si Dios mismo no se dignaba revelarla³. » En efecto, fué un acto de misericordia, digno de toda la grandeza y bondad de Dios, revelarse él mismo, igualmente que el culto que le era agradable, al hombre pobre, caído y ciego. Esto es lo que hizo particularmente en favor de los Israelitas, pueblo pobre, afligido y perseguido, en las riberas del Nilo, que él sacó de allí y condujo al país de sus mayores, y del cual, por una serie de milagros pasmosos, hizo una nación poderosa, instruyéndolos y afirmándolos por sus diferentes Profetas en el conocimiento de él y de su culto. Esto mismo es lo que hizo despues y de una manera mas general con todos los pueblos de la tierra por el Mesías y sus Apóstoles. Á esta última misión limitaré aquí mis razones, aunque en el hecho se confirman una por la otra, pues Jesucristo y sus Apóstoles dan continuamente testimonio á la divinidad de la de Moisés.

La historia, pues, y la tradición se reúnen para probar que bajo el reinado de Tiberio, segundo Emperador romano despues de Julio Cesar, pareció en la Palestina un personaje extraordinario, llamado Jesucristo, el cual enseñó un nuevo sistema de Religión y de moral infinitamente mas sublime y mas perfecto que todos los inculcados por los filósofos paganos, y aun de los mismos Profetas hebreos⁴. Él confirmó las verdades de la Reli-

¹ La Inglaterra. — 2 Rom., 1, 21.

³ Platon, *Diálogo de Alcibiades*.

⁴ No una Religión nueva, sino mas perfecta explicación de ella.

gion (que se dice) natural, y de la revelación de Moisés; pero al mismo tiempo extendió considerablemente su esfera por la comunicación de muchos divinos misterios concernientes á la naturaleza del único verdadero Dios; de sus designios en sustituir sus propios padecimientos para redimir al hombre; de la resurrección y la inmortalidad futura de nuestros cuerpos, y el juicio final y decisivo que debemos sufrir delante de él. Intimó con mayor fuerza la obligación de amar á nuestro Padre celestial sobre todas las cosas, de orar y pedirle incesantemente, y de referir á él todos nuestros pensamientos, palabras y obras. Insistió sobre la necesidad de reprimir, no alguna que otra pasión, como lo habian hecho los filósofos, que, segun la expresión de Tertuliano, *con un clavo sacaban otro*, sino todas las pasiones desarrregladas y depravadas, como lo están despues de la caída de nuestro primer Padre. Que, lejos de lisonjear nuestra inclinación natural á la avaricia, á la vanidad, á los placeres, empezó su misión predicando: *Eran bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los mansos; bienaventurados los que lloran*, etc. Que, aunque enseñaba todas las virtudes para con nuestros semejantes, escogió particularmente la caridad fraternal por su precepto característico, exigiendo de sus discipulos que se amasen unos á otros entre sí, como se amaban á sí mismos, y él mismo, que habia dado su vida por ellos, los amaba, y extendió la obligación de este mandato hasta los mismos enemigos.

Su moral no era como la de los filósofos, únicamente un sistema de preceptos especulativos; era una moral práctica; y él mismo confirmó por su ejemplo todas las virtudes que predicaba, y mas particularmente aun la que entre todas es mas difícil de practicar, á saber: el amor de sus enemigos. En efecto, Jesus, segun la expresión del texto sagrado (*Act.*, x, 38), habia *corrido el país, haciendo bien á todos*, y á nadie haciendo mal. Habia sanado los enfermos de la Judea y países inmediatos, dado la vista á los ciegos, el oído á los sordos, y

Lo mismo se debe entender de los demás dogmas citados; los cuales aun antes eran conocidos, pero no con la claridad que despues.

aun la vida á los muertos ; sobre todo ilustrado el espíritu de sus oyentes con el conocimiento de verdades puras y sublimes, capaces de conducirlos á la felicidad presente y futura : sin embargo, calumniado y perseguido por todas partes, sus enemigos envidiosos y encarnizados consumaron su malicia contra él, clavándole en una cruz, para hacerle allí morir con un tormento prolongado : y no contentos aun de su sufrimiento, vinieron á insultarle delante del mismo suplicio en su agonía, con sus escarnecedores gestos y palabras. ¿Y qué hace el autor del Cristianismo al ver una barbarie tan inaudita? Los excusa, y ruega á Dios por ellos : *Padre mio, dice, perdónalos, porque no saben lo que se hacen* (Luc., xxiii, 34). — ¿Es pues de extrañar que una prueba de caridad tan sobrenatural haya conmovido á los infieles mas endurecidos? No : uno de ellos confiesa, que « si la muerte de Sócrates es de un filósofo, la de Jesus » es de un Dios ¹. » — Los preceptos y el ejemplo del Maestro no fueron perdidos para los discípulos. Estos se distinguieron siempre por la práctica de la virtud, particularmente por la caridad y el perdon de las injurias. El primero de ellos que dió la vida por Jesus, San Esteban, al tiempo mismo que los Judíos le apedreaban, hincado de rodillas, con una voz ya casi apagada rogaba así : *Señor, no les imputeis este pecado, no les tomeis cuenta de él* (Act., vii, 59).

Después de haber observado los diferentes sistemas de Paganismo que ha habido, ó que hay aun en las diversas partes del mundo ; después de haberlas observado así en su teoría como en la práctica, y considerado las ideas que han suministrado á los mas sabios de los filósofos infieles ; y por otra parte, examinado del mismo modo y en los mismos puntos la doctrina del nuevo Testamento, yo preguntaria á todo incrédulo de buena fe, en dónde creía que Jesucristo habia podido tomar la idea de una Religión tan sublime, tan pura, tan eficaz como el Cristianismo, sobre todo cuando se comparan con esta doctrina los sistemas de que acabamos de hablar. ¿Seria en el taller de un pobre artesano de Naza-

¹ Emile.

reth, ó entre los pescadores del lago de Genezareth? Después ¿cómo él y sus Apóstoles, pobres ignorantes, habrían podido llegar á extender esta Religión en todo el mundo, como efectivamente lo hicieron á pesar de los talentos de los filósofos, del poder de los Emperadores, y de todas las pasiones de los hombres? La única respuesta á todas estas preguntas es que esta Religión *ha sido divinamente revelada*, y que sus progresos se deben á la *asistencia* particular de Dios.

Además de esta *evidencia intrínseca* que dicen, tiene tambien el Cristianismo pruebas *extrínsecas* ó *externas*, que no se deben pasar en silencio. Jesus, en muchas ocasiones, apeló á los milagros que obraba para comprobar su doctrina y su mision ; milagros públicos é incontestables, cuya memoria, por el testimonio del mismo Pilatos, fué consignada en los archivos del imperio Romano ¹; milagros que no pusieron en duda los mayores enemigos del Cristianismo Celso, Porfirio y Juliano Apóstata. Entre estos milagros hay uno de una naturaleza tan extraordinaria, que hace superfluo el citar los demás, y al cual, por lo tanto, apelaban incesantemente los Apóstoles, como la gran prueba del Evangelio que predicaban ; quiero decir, la *resurreccion de Jesucristo*. Al hecho en sí es necesario añadir luego sus circunstancias ; á saber : que Jesucristo se resucitó *por su propia virtud*, sin intervencion de persona viviente ; y que lo hizo segun que lo tenia *predicho en el tiempo que habia designado para este acontecimiento, y á pesar de los esfuerzos de sus enemigos*, para detener su cuerpo en el sepulcro. No se puede eludir la evidencia que resulta de este prodigio sin ejemplo, sino sosteniendo una de dos cosas, á saber : ó que *los discípulos se han engañado* cuando creyeron que Jesus habia resucitado de entre los muertos, ó que *se concertaron entre sí para extender en el mundo la creencia de esta impostura*. — Ahora bien, es increíble que se hayan engañado en este punto ; porque en primer lugar eran muchos, y tienen á su favor el testimonio de sus mismos ojos ; porque vieron frecuentemente á su Maestro en el espacio de cuarenta dias ; el

¹ Tertul., in Apologet.

de los oídos, porque oían su voz, y aun el más incrédulo de ellos tuvo también el del tacto, porque palpó, tocó su persona, y sondeó la abertura de sus llagas. Por otra parte es igualmente imposible de creer que se concertasen entre sí para extender entre las naciones de la tierra una impostura tan inútil como la de asegurar que una persona entregada á la muerte en Judea había resucitado, y esto sin otra perspectiva ni esperanza para ellos, en este mundo, que la persecución, los tormentos y una muerte cruel, que sucesivamente sufrieron todos y sus numerosos discípulos después de ellos, por atestiguar este hecho; ni más esperanza tampoco (si era falso) en el otro mundo, que la venganza y castigo del Dios de verdad.

Además de los milagros obrados por Jesucristo, otra prueba de la Religión que enseñaba, es el cumplimiento de las antiguas Profecías que le anunciaban. Me limitaré á citar algunas. El vino al mundo precisamente después que el cetro faltó de la tribu de Judá (*Gen.*, XLIX, 10) al fin de las setenta y dos semanas de años, después del restablecimiento de Jerusalén (*Dan.*, IX, 4), cuando aun existía el segundo templo (*Aggeo*, II, 7). Nació en *Bethleem* (*Mich.*, V, 2); obró los mismos milagros que estaban predichos que obraría (*Is.*, XXXV, 5): fué vendido por su pérfido discípulo por treinta monedas, que fueron empleadas en comprar el campo de un alfarero (*Zach.*, XI, 13): fué abofeteado, escupido, azotado (*Isai.*, V, 6); puesto entre los malhechores (*Id.*, XXXIII, 12): sus pies y manos taladrados con clavos (*Ps.* XXXII, 16), y su costado abierto con una lanza (*Zachar.*, XII, 10); en fin, murió, fué sepultado con honor (*Isai.*, LIII, 9), y resucitó sin experimentar la corrupción (*Ps.* XVI, 10). Los Judíos, enemigos jurados de Jesucristo, poseían muchos siglos antes de su venida, y conservan y poseen aun, las Escrituras que contienen estas predicciones, y otras muchas más acerca de él, las cuales todas se han cumplido exactísimamente.

La existencia misma de este pueblo extraordinario, de los Judíos, y las demás circunstancias que tienen relación y orden á ella, son otras tantas pruebas en favor del Cristianismo. Mas de cuatro mil años ha que existen,

como un pueblo distinto, y en este espacio de tiempo han sido frecuentemente subyugados, perseguidos, pero nunca aniquilados. Sus poderosos conquistadores los Filisteos, los Asirios, los Persas, los Macedones, los Siro y los Romanos sucesivamente han dejado de existir, y no ofrecen en parte alguna una nación distinta; y los Judíos existen en gran número, y son conocidos en todas las partes del mundo. ¿Cuál puede ser la razón de ello? ¿Porqué los ha conservado Dios á ellos solos entre todas las naciones de la tierra? La verdad es que ellos son aun el objeto de las Profecías, así del antiguo como del nuevo Testamento: existen como un monumento de la recta justicia de Dios, como testigos de la verdad de las Escrituras que los condenan, y como destinados finalmente á ser objeto de su misericordia antes del fin del mundo. Se les encuentra en todos los puntos del globo; pero en el estado con que los amenazó su grande Legislador Moisés, si abandonaban al Señor, á saber: que los dispersaría en todos los reinos de la tierra (*Deuter.*, XXVIII, 25); que vendrían á ser el espanto y juguete de todas las naciones (*Ibid.*, XXXVII); que en parte alguna hallarian asilo, y la planta de sus pies no reconoceria reposo (*Ibid.*, LXV). En fin, se les ve en todas partes; pero llevando sobre sus frentes la maldición que ellos pronunciaron contra sí mismos cuando desecharon al Mesías. *Su sangre caiga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos* (*Matth.*, XXVII, 25). Y no obstante este pueblo extraordinario se conserva para ser en fin convertido, y hallar gracia en los ojos de Dios (*Rom.*, XVI, 26). etc., etc.

SAMUEL CAREY.

CARTA II.

A. M. JAMES BROWN.

Winchester, 20 de octubre de 1801.

Muy señor mio: no teniais necesidad de indulgencia